



SINOPSIS DEL DIÁLOGO *MENÓN* DE PLATÓN

PRIMERA PARTE: LA IRONÍA

Aparece en escena Menón (forastero natural de Tesalia, hijo de Alexidemo, discípulo del escéptico Gorgias y huésped de Ánito en Atenas. Le describe como joven, hermoso y rico que se prepara para la política) y le plantea a Sócrates la siguiente cuestión: “¿Podrías decirme, Sócrates, si la virtud es cosa que se enseña, o si no se enseña sino que se practica, o si ni se practica ni se aprende, sino que la tienen los hombres por naturaleza o de algún otro modo?”. (Al final del diálogo, Menón dice: “Precisamente, Sócrates, lo que más admiro de Gorgias es que jamás se le oye prometer eso –que sea maestro en la virtud-; al contrario, se ríe además de los otros cuando los oye prometerlo; y piensa que lo que hace falta es hacer oradores.”)

Sócrates empieza el proceso de la Ironía diciendo que en Atenas hay una “sequía del saber” y que no puede responderle nadie, ni siquiera él mismo, que además no sabe sobre la virtud absolutamente nada. El planteamiento de Sócrates es que no se pueden resolver esas preguntas iniciales si no se sabe primero qué es la virtud.

1ª Definición: A Menón no le parece una cuestión difícil e intenta dar la primera definición de virtud, coincidente con la enseñanza de Gorgias, que consiste en la buena administración: Hay una virtud para cada edad, sexo, condición social,... en cada una de las actividades y épocas de la vida y para cada cosa tiene cada uno la virtud o el vicio.

Sócrates la rechaza porque buscaba la esencia o concepto común a todas esas cosas calificadas como virtuosas, y buscando una virtud única, una idea, forma o noción general de qué es la virtud, se ha encontrado con un “enjambre de virtudes”. Tras ello Sócrates le hace ver que la moderación y la justicia son comunes para todos en una “buena administración” y deben situarse por encima de ésta.

2ª Definición: Menón propone la segunda definición de virtud: “el ser capaz de mandar sobre los hombres...Si es que buscas una sola cosa para todos.”

Sócrates replica: en primer lugar no puede ser, en los casos de los niños o de los esclavos, la virtud mandar, por lo que no es universal. Y en segundo lugar, si buscamos un elemento común, este debe ser mandar con justicia, pues sólo en ese caso es virtud, si tiene justicia, por lo cual parece que la virtud es, precisamente, la justicia.

El ejemplo con la figura viene ahora, para mostrar que igual que llamamos figura (o color) a cosas diferentes, pero comunes en algo, lo mismo buscamos con la virtud, ya que hay muchísimas, pero deben ser iguales en algo. (“Trata de decirlo para que te sirva de ejercicio para la respuesta sobre la virtud”)

3ª Definición: Menón da su tercera respuesta: “es virtud, conforme dice el poeta, *gustar de lo bello y poder*. Y yo digo que virtud es ser capaz de procurarse las cosas bellas al que las desea.”

Sócrates saca a colación **su tema ya clásico** de que todo el mundo desea el bien y nadie, a sabiendas, el mal, por lo que a todos corresponde esa tercera definición y no hay, en ello, ni hombres mejores ni peores. Por eso hay que reformular la definición como: virtud es “el poder de procurarse los bienes.”

Menón entiende por “bienes” las riquezas y honores, pero **Sócrates le hace ver** que es virtud conseguirlos si se hace con justicia, “justa y santamente”, por lo que volvemos al comienzo (“Porque habiéndote yo pedido hace poco que no partieras ni hicieras pedazos la virtud y habiéndote dado ejemplos de cómo había que contestar, no me has hecho caso, ...”) sin haber, aparentemente, avanzado nada (“Responde entonces otra vez desde el principio: ¿qué afirmas que es la virtud, tú y tu amigo -Gorgias-?”).

TRÁNSITO A LA SEGUNDA PARTE DEL DIÁLOGO

Menón, visiblemente irritado, compara a Sócrates con el pez torpedo, reconociendo que está bloqueado, que ya no sabe, que ha dado su fruto la primera parte del diálogo, **la Ironía**.

Sócrates aclara la buena intención de la Ironía: él no confunde desde la claridad, sino que comparte la confusión, de modo que lo que conviene es investigar conjuntamente lo que es la virtud.

Menón plantea **el argumento polémico** (erístico) de que no se puede investigar lo que se desconoce, porque uno no sabe qué debe investigar ni, en caso de conseguirlo, sería capaz de reconocer que era eso lo que buscaba.

Sócrates lo reformula: No se puede investigar lo que sabes, porque lo sabes, ni lo que no sabes, porque ni siquiera sabes qué es lo que hay que investigar.

A **Sócrates** no le parece un buen argumento, porque nos haría pasivos y es para hombres blandos o perezosos (como los sofistas, que deslumbran con argumentos sólo verosímiles y agradables de escuchar). En contraposición, relata lo que ha oído a “hombres y mujeres sabios en las cosas divinas”, pues esto sí nos hace activos y amantes de la investigación (= filósofos, pues son los filósofos los que buscan la verdad), y merece la pena “confiar” en que es fructífero.

SEGUNDA PARTE: LA MAYEÚTICA

“En cuanto a lo que dicen, es lo siguiente: y fíjate en si te parece que dicen la verdad. Pues afirman que el alma del hombre es inmortal, y que unas veces termina de vivir (a lo que llaman morir), y otras vuelve a existir, pero jamás perece; y que por eso es necesario vivir con la máxima santidad toda la vida”

“Y ocurre así que, siendo el alma inmortal; y habiendo nacido muchas veces y habiendo visto tanto lo de aquí como lo del Hades y todas las cosas, no hay nada que no tenga aprendido; con lo que no es de extrañar que también sobre la virtud y sobre las demás cosas sea capaz ella de recordar lo que desde luego

ya antes sabía... Porque el investigar y el aprender, por consiguiente, no son en absoluto otra cosa que reminiscencia.”

Esta es la parte más importante del diálogo, en la que **Platón**, recurre al “**mito**” (a la conjetura de que no es por saber o ciencia ni siendo sabios – no es adquirido ni por naturaleza- como dirigen sabiamente los estados los grandes reyes y políticos), porque no se puede demostrar o probar el fundamento de la virtud, y plantea partir de esta suposición, para ver si las consecuencias que se derivan son satisfactorias y merecen ser tenidas por ciertas. Por ello lo que sigue es el famoso “examen” al esclavo, donde **Sócrates** pretende “mostrar” que hay serios indicios de verdad en el supuesto de la inmortalidad y la reminiscencia.

En relación con el tema de la obra: si la virtud es enseñable; vemos el primer avance. No se puede propiamente enseñar, en el sentido de enseñanza sofística de que alguien sabe, el maestro, y el alumno, el que ignora, aprende de él como si partiese de la nada y se le facultase para algo que no poseía. Porque el que aprende algo en la virtud no necesita al maestro más que como inductor o guía, por ejemplo para no errar creyendo que se sabe lo que no se sabe, ya que no aprende del maestro, sino por sí mismo, cuando su alma va recordando lo que ha visto. Por eso la reminiscencia es recuperarse a uno mismo, reencontrar el fundamento, es abrir los ojos y mirar al sitio adecuado. Así el tema de la virtud no es relativo al pedagogo, sino objetivo, como perteneciente a las cosas divinas. Sólo la ciencia es enseñable. La virtud, si no es enseñable, tampoco resultará ser ciencia, al menos de momento, mientras no haya alguien que consiga darle ese carácter, como dice ya al final del diálogo.

El esclavo: Durante el “interrogatorio” al **esclavo** Sócrates se asegura, insistiendo a Menón, que el proceso de reminiscencia es limpio y que el esclavo efectivamente está recordando, “estaban en él las ideas”; que el argumento polémico no vale porque el criado sale ganando al recordar, “seremos mejores y más varoniles”; que ello conlleva ciertas dificultades y es necesario un inductor, mostrando Sócrates cuál es la causa del error; que es beneficioso “entorpecerse” si se tiene en vista un buen fin; y concluyendo de este modo se llega al conocimiento sin que nadie nos enseñe, sino sólo dejándose guiar con preguntas y sacando la ciencia de uno mismo, pues si el alma siempre tiene la verdad de las cosas entonces es inmortal.

Menón le solicita a Sócrates que retome la cuestión. Éste decide proceder por hipótesis, al modo de los matemáticos, ya que hay que averiguar cómo es la virtud sin aún saber qué es: si es ciencia será enseñable, por lo que hay que examinar si es ciencia o no.

La primera conclusión que alcanzan es que si la virtud es algo del alma y es necesario que sea útil (pues todo lo bueno es útil), tiene que ser **prudencia**. De esto se sacaría la consecuencia de que no es por naturaleza como se adquiere. Pero si no es por naturaleza, por exclusión de una de las dos opciones de la disyuntiva, pronto está dispuesto a deducir Menón que será aprendida (y, por tanto, ciencia). Sin embargo Sócrates no está nada seguro de esto, pues pasa a considerar que si es por aprendizaje tendrá que haber maestros, igual que en cualquier otra ciencia, y a Sócrates le parece que no hay verdaderos maestros en virtud.

En este momento Platón introduce en el diálogo al político Anito, uno de los tres conciudadanos de Sócrates que le llevaron ante el tribunal y al que éste abiertamente llamó hombre “malo”. La intervención de Anito y su breve rifirrafe con Sócrates, menos célebre que otros momentos del *Menón*, me parece admirable, plena de intensidad dramática en lo que se dice y en lo que se sugiere. Sócrates, irónicamente, alabando al padre de Anito, le está poniendo de ejemplo de que la virtud no se hereda, pues el progenitor no es capaz de educar a su propio hijo en la misma senda. En la cuestión de los maestros, se revisa si pueden serlo los Sofistas. Anito manifiesta un odio incondicional hacia ellos, a pesar de reconocer que no ha estado en contacto con ninguno, lo que deja en bandeja la broma de Sócrates de que Anito será adivino. A Anito le parece que para educar en virtud a Menón valdría cualquier ateniense que con la suya propia diese ejemplo. Pero grandes hombres del pasado ateniense buscaron para sus vástagos los mejores maestros en aquellas disciplinas que podían hallarlos, pero no confiaron en nadie la educación de sus hijos en el tema más importante: cómo ser buenas personas, futuros políticos. El resultado fue, en muchos casos, que éstos salieron lo contrario a los padres (Ejemplos de excelentes padres con sus respectivos hijos: Temístocles con Cleofanto; Arístides con Lisímaco; Pericles con Páralo y Jantipo; Tucídides con Melesias y Estéfano; y también, sin decirlo explícitamente, Antemión con su hijo Anito.)

Anito se indigna con Sócrates acusándole de hablar mal de sus conciudadanos, de ser corrosivo y dañino con las gentes de Atenas (le equipara con los Sofistas). Sócrates recibe la segunda advertencia – la primera ya se la había dicho Menón a propósito de viajar fuera de Atenas- de los peligros a los que le pueden conducir sus palabras. La respuesta de Sócrates es inmejorable: “si alguna vez llega a saber (Anito) qué significa hablar mal, dejará de estar enfadado, pero ahora lo ignora.” (Al final del diálogo Sócrates le pedirá a Menón que convenza a Anito y, si lo logra, hará “también un favor a los atenienses”).

Respecto a los maestros en virtud, los mismos Sofistas (los pretendidos maestros) no se ponen de acuerdo sobre si la virtud es o no enseñable. Tampoco lo tienen claro ni los políticos, ni los poetas,...

CONCLUSIÓN: No hay maestros en virtud, tampoco discípulos, luego la virtud ni es enseñable ni es una ciencia (episteme)

La opinión verdadera: No sólo, exclusivamente, son buenos y útiles los hombres sabios (los que poseen ciencia) **para la acción**, sino que también vale para la rectitud en el obrar, como guía, **la opinión exacta o verdadera**. (Ejemplo del camino a Larisa). No sólo el saber dirige una buena conducta, pues también una opinión verdadera puede hacerlo.

Menón observa, matizando, que la única diferencia es que el que posee el saber acertará siempre, mientras que el segundo algunas veces.

Las estatuas de Dédalo: sueltas no tienen valor, pues se escapan, pero si las consigues sujetar, mantener, sí valen mucho, pues son bellísimas. “Las opiniones verdaderas en tanto que duran son una cosa bonita y todo lo hacen bueno; pero no gustan de permanecer mucho tiempo, sino que se escapan del alma del hombre, y así no valen gran cosa hasta que se las encadena con la consideración del fundamento. Pero

eso es, amigo Menón, **el recuerdo**, como anteriormente hemos convenido. Y una vez que están encadenadas, en primer lugar se convierten en ciencias y después se hacen permanentes; y por eso precisamente es más venerada la ciencia que la opinión exacta, y en la atadura difiere la ciencia de la opinión exacta.”

Sócrates dice hablar por conjetura, sin saber, y repasa todas las conclusiones alcanzadas. La virtud es una opinión exacta que no se tiene por naturaleza ni se adquiere por aprendizaje. Los políticos, igual que los adivinos y agoreros y todos los de la casta poética, dicen la verdad **por inspiración divina**, pero sin saber nada de lo que dicen (es decir, sin ser sabios ni poseer la ciencia, porque carecen del conocimiento del fundamento). Por ello se les puede llamar **divinos**, pues están **poseídos por la divinidad**.

FIN DEL DIÁLOGO:

“La virtud resulta que ni se tiene por naturaleza ni es enseñable, sino que llega por favor divino y sin entendimiento a quienes llega, a no ser que haya alguno de los hombres políticos que sea capaz también de hacer político a otro. Pero si lo hubiera se podría decir de él que era entre los vivos como de Tiresias afirmó Homero que era entre los muertos, al decir de él que es el único que siente en el Hades, y los otros son sombras que revolotean. Del mismo modo aquí sería el tal como un ser real entre sombras, respecto de la virtud.”

Comentario: son patentes, sabiendo que luego escribiría Platón *La República*, las referencias a este diálogo en lo señalado con negrita y que este “hombre político” es el Sócrates de *La República*, (o el Platón de la Academia) que ya posee el fundamento: la Idea del Bien, necesaria para poder organizar todo el sistema de enseñanza y preparación de la Academia que permite realizar el proceso de la Dialéctica, ciencia que entonces se opondrá a la doxa y justificará la reminiscencia.

Diálogo el “Banquete”: La distinción entre ciencia y opinión verdadera

“[...] Yo (Sócrates habla) le repliqué: ¿Qué piensas tú, Diotima, entonces? ¡Qué! ¿Será posible que Eros sea feo y malo?

-Habla mejor –me respondió-. ¿Crees que todo lo que no es bello es necesariamente feo?

-Mucho que lo creo.

-¿Y crees que no se puede carecer de ciencia sin ser absolutamente ignorante? ¿No has observado que hay un término medio entre la ciencia y la ignorancia?

-¿Cuál es?

-Tener una opinión verdadera sin poder dar razón de ella; ¿no sabes que esto, ni es ser sabio, puesto que la ciencia debe fundarse en razones; ni es ser ignorante, puesto que lo que participa de la verdad no puede llamarse ignorancia? La verdadera opinión ocupa un lugar intermedio entre la ciencia y la ignorancia.

Confesé a Diotima que decía verdad.”